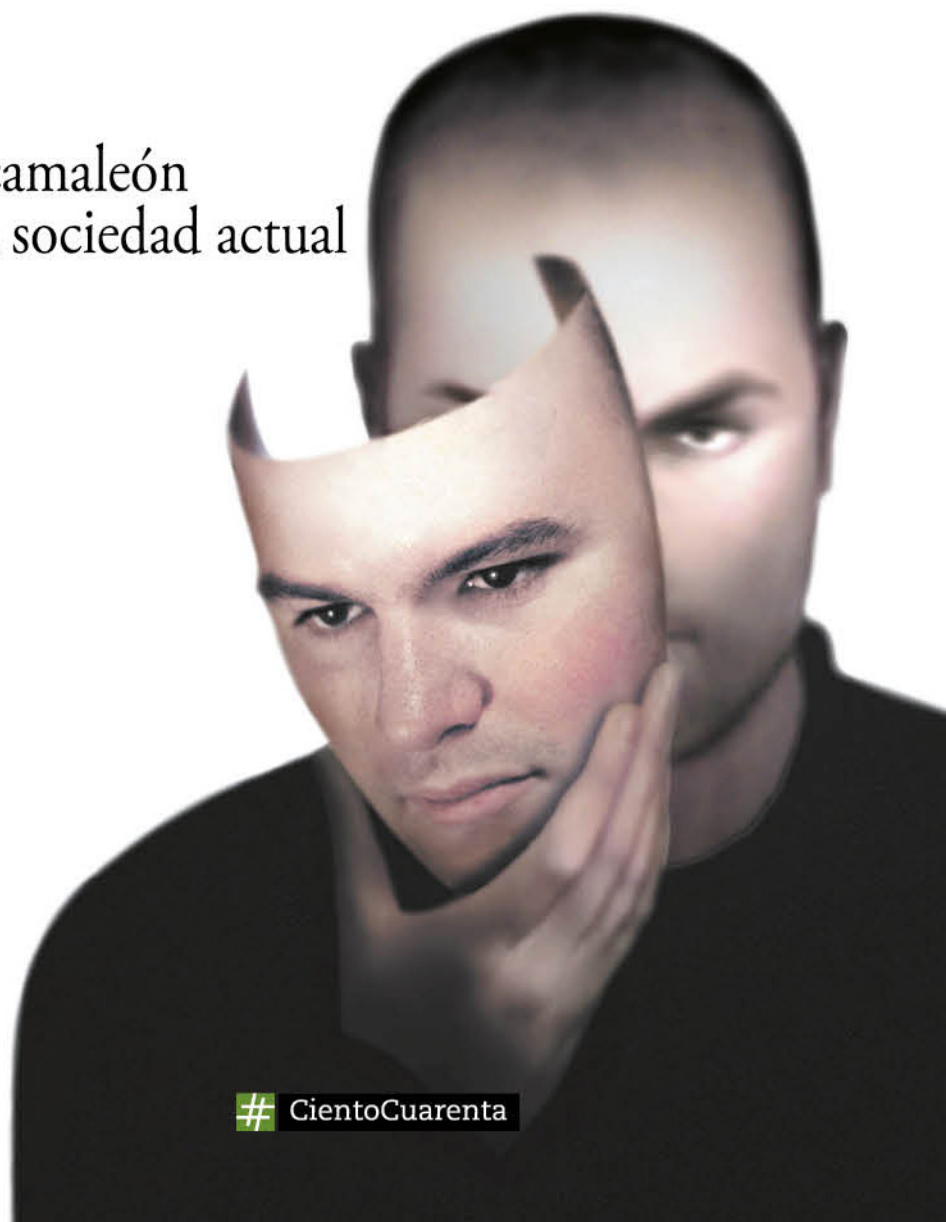


El psicópata

Vicente Garrido

Un camaleón
en la sociedad actual



1. PRESENTANDO AL CAMALEÓN/PSICÓPATA

Camaleón. Nombre aplicado a varias especies de reptiles saurios del género *chamaeleon*... Persona con habilidad para cambiar de actitud, adaptando en cada caso la más ventajosa.

(*Diccionario de María Moliner*)

Eugenia es una chica venezolana aficionada a relacionarse con mucha gente mediante Internet, como millones de personas en el mundo. En junio de 1998 entabló relación con un catalán, Enric, por este medio, en un canal de charla. Ella, desde Caracas, y él, desde Barcelona, llegaron a intimar. En pocos días se habían convertido en una pareja romántica que dedicaba varias horas a hablar de esas cosas de las que hablan los enamorados. Él le había enviado su foto, y aparecía realmente apuesto. Además, era piloto de aviones. La llamaba con frecuencia por teléfono. «Tenía una labia increíble», dice Eugenia; «yo no quería salir de casa para poder seguir hablando con él».¹

En pocos días, Enric la convenció para que viajara a España y se reuniera con él. Después de enviarle un gran ramo de flores, le hizo llegar un pasaje de avión de ida y vuelta. «Soy la menor de cuatro hermanos, y cuando se lo dije a mis padres casi se mueren del susto». Pero tal y como fueron las cosas, el susto iba a ser para ella. Cuando embarcó para Barcelona, el 9 de agosto, dejó tras de sí su trabajo en una compañía de publicidad, su piso de alqui-

1. *El País*, 22 de octubre de 1998

ler y todos sus enseres con el encargo de que se vendieran. Iba a reunirse con el amor de su vida.

Cuando llegó al moderno aeropuerto de Barcelona, su galán parecía ser otra persona. «Por Internet era una persona culta y educada. Tenía muy buen humor y me hacía reír muchísimo. Cuando le vi, comprobé que no tenía nada que ver con la imagen que yo me había creado de él. Era más bajo de estatura de lo que me había dicho, no iba muy bien vestido y estaba siempre malhumorado». Enric fue a recogerla con un todo terreno muy sucio debido, según él, a que su casa estaba en obras. Posteriormente la trasladó a un apartahotel, donde convivieron por espacio de dos días.

Él se ausentaba unas horas porque, explicaba, tenía que ir a volar. Esos dos días fueron normales, pero la noche del miércoles algo sucedió: «Me llevó a dos clubes de intercambio de parejas. Le dije que no estaba de acuerdo con eso, y me dejó en el hotel. Al día siguiente me llamó para decir que se iba a retrasar. Todavía le estoy esperando».

¿Qué había sucedido? Eugenia empezó a investigar por su cuenta. Primero fue a la dirección que él le había dado en un pueblo cercano a Barcelona, pero tal dirección no existía. Llamó luego a la compañía aérea a Madrid (ya que ni siquiera tenía una delegación en Barcelona), pero no conocían de nada a Enric. Eugenia no daba crédito a lo que estaba pasando. Completamente desconcertada, recurrió a un detective privado, Jorge Colomar. Éste fue capaz de darle las respuestas que buscaba. Descubrió que, en realidad, «lo único cierto era el nombre, Enric, y que se trataba de un delincuente habitual que había estado detenido en 11 ocasiones; incluso había pasado periodos en la cárcel, siempre por pequeños robos, y que, en ese momento, estaba reclamado por la justicia». Además, el galán informático se había quitado años; no tenía 36 años, como le había dicho a Eugenia, sino 40.

Desgraciadamente, Colomar no fue capaz de proporcionar a Eugenia una respuesta quizás más importante que el hallazgo de que su Romeo era un vulgar delincuente: la respuesta a la pregunta de por qué alguien se gasta 500.000 pesetas en traer a una chica de Venezuela en medio de una historia llena de mentiras que no parece conducir a nada.

Seguimos en Barcelona. Octubre de 1998.² Estamos en el cinturón litoral. Una mujer circula por su carril al volante de su coche. Al llegar al Pla del Palau, observa que hay una señal de giro obligatorio hacia la izquierda.

Como la mujer pretende seguir recto, le pide educadamente permiso a una furgoneta que tiene delante —y que está esperando el cambio de semáforo— para adelantarse por la derecha y seguir su camino. El conductor de la furgoneta, al ver que la mujer pone el intermitente e inicia la maniobra de adelantamiento, toca reiterada y enfurecidamente el claxon e, impidiendo que siga avanzando, aprovecha la superioridad física de la furgoneta para, ¡ñaca!, abalanzarse sobre el turismo y chocar con él cual pirata al abordaje, al grito de «igilipollas!», «imala puta!» y otras lindezas.

17 de diciembre de 1997, Cúllar Vega, provincia de Granada. Ana Orantes se había hecho famosa porque quince días antes había denunciado en Canal Sur, la televisión andaluza, que su marido, José Parejo, la había estado maltratando durante 40 años de vida en común. Ese día, Ana llega con su coche a la vivienda de dos pisos que ambos compartían (un piso cada uno), porque el juez había determinado tal circunstancia, sin que todas las denuncias y

2. Sergi Pàmies para *El País*, 5 de noviembre de 1998

quejas de Ana hubieran servido para otra cosa.³ Parejo sabe lo que tiene que hacer. Coge un bidón de gasolina y se lo echa por la espalda a su mujer; luego la quema viva. En el pequeño jardín de su casa hay una manguera, pero él no hace nada. Se queda inmóvil, observando cómo Ana se consume entre las llamas.

En el juicio, Parejo llora con gran emoción; asegura que Ana le había insultado previamente, y que eso le hizo perder la cabeza. Sin embargo, los hijos tienen una opinión bien diferente. Francisco, de veinte años, dice: «Mi madre era incapaz de insultarle. Le tenía demasiado miedo, sobre todo estando sola».

Piedimonte San Germano, sur de Italia, 18 de noviembre de 1998, fecha de la desaparición de Mauro Iavarone, de 11 años. Eric, un peruano y conocido del niño, de 17 años, le acompaña a donde se hallan otros chicos, entre ellos Denis Bogdan, de 19. Eric se marcha, una vez cumplida su misión. Ha dejado a Mauro en un bosque distante unos 20 kilómetros del pueblo. Allí Denis y sus amigos matan a Mauro, destrozándole la cabeza.⁴

¿Cuál fue el motivo para acabar con la vida de un niño de once años? En un principio se pensó que el asesino podía ser un pederasta, alguien que quisiera matarlo para ocultar la denuncia por el abuso a que hubiera sometido a Mauro. Pero la verdad era mucho más inconcebible. La razón la dio el propio «gancho» del crimen, Eric, quien había oído a Denis planear el asesinato: «[le asesinaron sus amigos] porque molestaba, hablaba más de la cuenta y se metía en todo lo que no le importaba».

3. *El País*, 10 y 16 de diciembre de 1998

4. *El País*, 30 de noviembre de 1998

Son estos ejemplos hechos muy dispares, que no parecen tener ninguna relación. Sin embargo, la tienen. Los actos que se describen son antisociales, algunos de una gran inhumanidad. Pero, sobre todo, son absurdos, inexplicables, casi diríamos que son actos estúpidos. Aun a riesgo de equivocarnos, diríamos que son comportamientos claramente psicopáticos.

En este libro aparecen muchos casos de comportamientos de esta especie. Muchos son claramente criminales, mientras que otros son más ampliamente contrarios a la sociedad («antisociales»), siempre inmorales, humillantes para una o más personas, vejatorios para la dignidad humana.

¿Por qué alguien se inventa una apostura y un prestigio social, se gasta en una chica medio millón de pesetas, y luego la deja abandonada a los dos días? ¿No podía tener a las mejores chicas de alterne de la ciudad con ese dinero? ¿No sabía que su fachada se iba a desplomar cuando Eugenia llegara a conocerle, bajito, sucio y malhumorado?

¿Por qué un conductor reacciona como un salvaje cuando una chica le pide amablemente paso en un semáforo?

¿Por qué un hombre mata sádicamente a una mujer después de haberla torturado durante cuarenta años?

¿Por qué unos jóvenes matan sin piedad a un niño de 11 años cuyo único pecado pareció consistir en ser un «pesado»? ¿No había otra forma de librarse de tan molesta compañía?

Este libro es una propuesta para explicar esos *porqués*. No pretendemos haber elaborado un catálogo de horrores. Quizás se trata más bien de «horrores cotidianos», porque el camaleón no sólo es un criminal. Puede estar perfectamente integrado en nuestra sociedad, vivir en la puerta de al lado. Puede ser un político, el director de una prisión, un policía, un profesor universitario, un empleado de banco o un camarero.

La tesis fundamental de este ensayo puede resumirse en estos puntos:

1. Muchos comportamientos que actualmente son calificados de «incomprensibles» son obra de psicópatas. Y pretendemos explicar quiénes son y por qué hacen lo que hacen.

2. Los psicópatas criminales son muy peligrosos. Constituyen los delincuentes más violentos, y nutren muchos de los casos de maltratadores de mujeres y niños, asesinos en serie, violadores sistemáticos, asesinos a sueldo y multirreincidentes. Es preciso llegar a identificarlos y hacer un esfuerzo para que reciban una atención adecuada.

3. Pero otras muchas personas son psicópatas y no se dedican al crimen. Viven en nuestra escalera, son nuestros maridos o amantes, nuestros hijos, nuestros compañeros de trabajo, nuestros políticos... Es vital comprender este hecho, darse cuenta de la magnitud de este problema.

4. Los psicópatas que no son delincuentes habituales se adaptan a muchas circunstancias, se camuflan, manipulan, desacreditan nuestras instituciones públicas, socavan nuestra confianza en la gente, son capaces de llevarnos al infierno en vida. Dado que están especialmente preparados para desoír las necesidades de los demás, dado que son capaces de dañar y maltratar sin reparar en nada, constituyen uno de los mayores desafíos que tiene la humanidad en el siglo XXI.

5. Hay una predisposición hacia la psicopatía. Parece difícil rebatir esa opinión con los datos científicos en la mano. Pero resulta igualmente importante recordar que el medio social que entre todos levantamos para vivir nosotros y nuestros hijos puede ser de vital importancia para inhibir de forma relevante este fenómeno, o bien para fomentarlo, para construir lo que algunos autores han llamado «una sociedad psicopática».

Hemos desarrollado una extraordinaria tecnología en los últimos cincuenta años. Desgraciadamente, nuestra capacidad para organizar la sociedad no ha ido a la par.⁵ Junto a artilugios y avances médicos que han dejado obsoletas muchas novelas de ciencia ficción de hace unos años, hemos creado o extendido problemas «globales» que nos llenan de ansiedad: el crimen y las drogas, la contaminación ambiental, los genocidios, los innumerables accidentes de tráfico... Pero a menos que pensemos que tales lacras sean un resultado de la evolución natural, habremos de convenir que la mano del hombre se halla detrás de estas calamidades.

Nosotros planteamos la idea de que tales problemas se agravan de modo extraordinario gracias a la acción de los psicópatas o, al menos, como resultado del comportamiento de personas que, sin desarrollar plenamente esa condición, han adoptado formas psicopáticas de relación con los demás.

De ahí que creamos que la calidad de vida de nuestra especie y de nuestro planeta pase necesariamente por luchar contra la extensión de la psicopatía. Porque la maldad y capacidad destructiva de estos sujetos resultan obvios cuando estamos frente a un personaje notoriamente público, como Milosevic o Sadam Husein; pero la conducta de millones de ellos todos los días desliza la convivencia hacia simas miserables para otros millones que se relacionan con ellos.

Este libro pretende demostrar que ninguna arena es estéril para la psicopatía. Los hay artistas, intelectuales, analfabetos, pobres y ricos. Algunos casos están convenientemente documentados, bien por los informes públicos existentes (caso del violador del Ensanche), bien por nuestro conocimiento personal del caso. Pero la gran mayoría

5. V. Garrido, P. Stangeland y S. Redondo (1999), *Principios de Criminología*, Valencia: Tirant Lo Blanch, capítulo último.

se describe por fuentes indirectas, como artículos de prensa o comentarios en libros. Es importante que el lector entienda que, salvo que se diga así de modo expreso, no suponemos que el caso en particular represente a un auténtico psicópata, sino que ilustra el comportamiento que un «psicópata típico haría», o bien propicia la reflexión para ejemplificar diversos grados de psicopatía.

Un ejemplo es Luis Roldán. Nosotros no lo hemos estudiado, ni hemos tenido otra información que la que se ha revelado en los medios de comunicación. No podemos decir que Roldán sea un psicópata. Pero sí que podemos asegurar que muchas de las cosas que se ha acreditado que ha hecho Roldán (fingir estudios que no tenía; organizar bacanales siendo un alto cargo de la nación; trepar desde la nada a puestos de gran confianza; robar y engañar de forma increíble; protagonizar situaciones bufas e incomprensibles...) son cosas muy características de los psicópatas, son comportamientos psicopáticos. Si Roldán no es un psicópata, muchos de sus actos (los que han trascendido) sí lo son.

1.1. SAURIO/REPTIL

Al comienzo del libro figura la definición de lo que es un camaleón. ¿Por qué un camaleón es una buena metáfora para el psicópata? En primer lugar, el concepto de *saurio* nos describe lo más esencial de este personaje: su capacidad de evitar las emociones humanas más genuinas y alzarse como metáfora del mal, o de la Bestia. Lo ha escrito con su habitual maestría Rosa Montero:⁶

6. Rosa Montero para *El País*, 15 de diciembre de 1998

Qué bestia es en verdad la Bestia: qué irrazonable. Caer en brazos de la Bestia supone prescindir de la autocritica y ser incapaz de ver y entender a los demás; es perder todo contacto con la realidad (porque el mundo son los otros) y abismarse en un egocentrismo de bebé o imbecil.

Uno de los principales especialistas en psicopatía ha defendido que la ausencia de toda preocupación por el bienestar de los demás, la crueldad, la insensibilidad emocional, bien pueden considerarse como propios de un «estado reptiliano». ⁷ El psicópata, de este modo, se convierte en el más perfecto depredador de su propia especie. Otro escritor insigne, Félix de Azúa, ha planteado esta misma cuestión. ⁸ «¿Hay ciudadanos malévolos, malignos, desalmados?» Su respuesta es que sí, ya que cualquiera puede torturar o matar por mil motivos, pero...

...sólo un tipo particular de criminal humilla a sus víctimas. El sádico, el cruel, es un perturbado que no sólo daña, sino que disfruta dañando. Cuando alguien se chancia o utiliza expresiones como «tu asquerosa cara de extremeño» en una amenaza de muerte, cuando descorcha una botella de champaña o pide langostinos porque unos salvajes han matado a un concejal de pueblo, cuando asegura que a su secuestrada le sienta muy bien la dieta, ese individuo tiene mala entraña... ¿Toda la violencia es igual, todos los criminales son iguales?

No. No todos los criminales son iguales. Lo que proponemos en este libro es un viaje hacia el estudio de esa misma esencia de la maldad humana, cuya naturaleza puede expresarse de mil maneras, muchas de ellas criminales, pero otras no.

7. R. Meloy (1988). *The psychopathic mind*. Northvale, NJ: Aronson.

8. Félix de Azúa para *El País*, 3 de marzo de 1999

No son los psicópatas necesariamente los más violentos, los que causan mayores atrocidades. Otros muchos pueden hacerlo. Por ejemplo, un mafioso puede matar a sangre fría y extorsionar porque lo ha aprendido desde niño; ha crecido en una subcultura criminal y ha asumido sus normas y valores. Ello hace que, por ejemplo, pueda disfrutar de una vida «normal», fuera de sus «negocios». Y así, tal y como lo hemos visto mil veces en las películas, será un esposo solícito y un padre severo pero cariñoso, y podrá emocionarse con los espaguetis de su madre. Este sujeto no es un psicópata. «Ha aprendido normas psicopáticas que afectan una parte de su vida, pero su personalidad no se ve del todo afectada». Ha aprendido a vivir de forma disociada (esta cuestión se discutirá más adelante). Es posible, sin embargo, que algunos sujetos se quiebren ante la presión de una vida donde la violencia se extiende como una gota de aceite, y terminen desarrollando un estilo de vida muy cercano al de un psicópata. Pero se trataría de una psicopatía creada por una cultura que, en muchos sentidos, desarrolla en los sujetos la crueldad y el crimen como forma de vida.

Es obvio, sin embargo, que, cuando los psicópatas disponen de esa cultura ya instalada, actuarán de modo extremadamente violento, en ocasiones incluso poniendo en peligro a la propia organización, quien temerá que el escaso autocontrol del psicópata le traiga quebraderos de cabeza. Sin embargo, si el psicópata es el líder, es de esperar una gran violencia y bandidaje. Es el caso del «monstruo» de México, Daniel Arizmendi «Mocha-orejas», jefe de una banda de secuestradores que hasta su captura había sembrado el terror en ese país. Arizmendi contó en dos entrevistas grabadas para televisión que solía torturar y desorejar a sus víctimas con tijeras, siendo su única motivación el retarse a sí mismo. En tan sólo tres años perpetró decenas de secuestros, y obtuvo por los rescates más de tres mil millones de pesetas. Se

demonstró que asesinó a seis de sus secuestrados. Dijo que nunca había sentido compasión, pero piensa que Dios le perdonará.⁹

De este modo, no todos los responsables de crímenes atroces son psicópatas, pero éstos son responsables de un buen número de ellos, y fuera de los casos en que media la estructura de una organización criminal (terrorismo, tráfico de drogas, mafias varias), la violencia del psicópata será la más destacada entre el resto de los criminales.

Junto a esto no podemos despreciar la posibilidad de que los psicópatas con mayor capacidad de autocontrol logren escalar posiciones elevadas en la subcultura criminal, gracias a su notable encanto externo y su elevada inteligencia.

En todo caso, sea porque el sujeto posee esa personalidad, o porque la estructura criminal adopta patrones psicopáticos de actuación, en ambos casos asistimos al mismo resultado: el mayor de los desprecios por la vida humana, por los sentimientos y necesidades del otro; un abandono de la dignidad que poseemos como seres humanos. Es esto lo que comparten los ejemplos que han abierto este capítulo introductorio, junto con una sensación profunda de futilidad, de estupidez. Si el modo más preclaro de vivir es un trato inteligente con la vida, lo que aquí se descuelga entre tanta aberración y despropósito es el insulto, no sólo a la sensibilidad humana, sino a la inteligencia real y profunda del hombre/mujer, la que nos dicta el juicio prudente, el criterio del «buen sentido», la capacidad de discernir correctamente de acuerdo a las circunstancias.

Porque, como se comentará en este libro, es este el *quid* de la cuestión, donde hace agua la psicología de dicho personaje. Es cierto que puede planear minuciosamente y sacar un gran provecho económico de sus acciones de ven-

9. *El País*, 20 de agosto de 1998.

taja o de sus delitos; hay psicópatas que tienen más autocontrol y son más brillantes, en buena medida fruto de un ambiente con instrucción. *Pero aun así, muchas de sus conductas serán irracionales, sin propósito real, sin que haya una meta sensata que justifique los pasos previos.* Predominará lo bufo y lo grotesco. Y en muchos psicópatas esto será la tendencia más clara, más diáfana, por encima incluso de la violencia y la crueldad física. Nos dejan la sensación de que nos manipulan y nos maltratan sin que, en realidad, obtengan así mayor ventaja. «Les iría mucho mejor con nosotros si se portaran mejor.» Y comprender eso nos desconcierta, y nos sume en la más profunda desazón.

1.2. CAMUFLAJE

El camaleón puede adoptar varias docenas de tonalidades, de acuerdo a las necesidades de su supervivencia. El propósito es camuflarse, pasar desapercibido, confundiendo con el lugar en el que está. Esta es la otra buena metáfora para el psicópata.

Hay psicópatas que crecen desde niños en un ambiente marginal; comparten con el resto de delincuentes comunes unas circunstancias que, sin duda, han propiciado un estilo de vida antisocial: padres que no le han enseñado normas y valores prosociales, que no se han relacionado afectivamente con ellos; un tránsito por la escuela decepcionante, con peleas, expulsiones y pésimos resultados académicos; un contacto temprano con la droga; una asociación precoz con delincuentes más avezados... Estos chicos no son camaleones. Son duros, egocéntricos y violentos. Representan a los delincuentes comunes más peligrosos. Son polivalentes en el crimen, no tienen ninguna

vinculación real con nadie y sólo buscan el placer más intenso e inmediato.

J. A. C. cometió su primer delito grave a los 14 años. Golpeó en la cabeza con una barra de hierro a un dependiente de una gasolinera para robarle el dinero. Anteriormente había asaltado varias veces su escuela y había abusado de un niño más pequeño que él. A los 16 años atracó un banco, disparando a un guardia jurado que intentó detenerle, sin que, felizmente, le matara. Su vida criminal se extendió a lo largo de su edad adulta. A los 36 años había cometido dos violaciones, había probado todo tipo de drogas y era un personaje temido por todos los que le trataban. Siempre engañaba y extorsionaba cuando tenía la más mínima probabilidad de sacar algún beneficio. Sus mujeres eran sólo objetos sexuales, y sus padres hacía tiempo que habían renunciado a verle. Cuando era muy pequeño (sobre los siete años) había prendido fuego a su casa, pero los bomberos llegaron a tiempo de impedir que la vivienda se calcinara.

Este psicópata no se camufla. Su conducta es extremadamente dañina, pero, a pesar de la gravedad de sus actos, hay otro psicópata que se nos antoja más inquietante. Podemos describir aquí dos categorías. La primera la constituyen aquellos psicópatas que son delincuentes, pero que se camuflan como personas respetables. Son asesinos y agresores sexuales que trabajan sus ocho horas; son maltratadores de esposas y de niños que asisten a las juntas de vecinos de su escalera, y que los domingos organizan barbacoas. Son policías que manejan redes de tratas de blancas en su tiempo libre. Son jueces que cometen los propios delitos que en sus horas de juzgado condenan con impecables razonamientos jurídicos. Son industriales y banqueros que siembran la desesperación en la economía de miles de pequeñas familias o en el erario público mien-

tras salen en las revistas de actualidad. Es decir, no sospechamos nada de ellos, pero tienen una «doble vida»: son personas crueles y ambiciosas que se burlan de las leyes y la sociedad sin asomo de culpabilidad o reparo. Casi nos anonada su desfachatez, su descaro, y nos llena de temor conocer unos crímenes tan brutales a manos de personas que comparten el autobús o la oficina con nosotros.

Una de las más modernas formas de vivir que han encontrado los psicópatas de esta categoría es la de líder de una secta. Estamos convencidos de que la capacidad de manipulación, astucia, narcisismo y encanto externo que requiere tener el líder de una secta (o un alto cargo en la jerarquía), hace de este puesto un objetivo idóneo para el camaleón/psicópata. ¿Quién si no puede convencer a miles de personas de que su salvación depende de que consiga secuestrar «psicológicamente» a otros incautos? ¿Quién tiene tanto arrojo para robar y abusar sexualmente de los acólitos a quienes dice llevar al paraíso?

La otra variedad del camaleón/psicópata es la del sujeto que no es técnicamente un delincuente (aunque algunos de sus actos rayan muchas veces en la ilegalidad, ya sea penal, civil o administrativa), pero que en la relación con los demás exhibe todas las características de dominio y humillación. El resultado de esto es la extensión de la desgracia y la miseria para todos aquellos que tienen el infortunio de estar vinculados a él. No son delincuentes, pero nos hieren, nos engañan, hacen que dudemos de nuestra cordura. Es el caso de compañeros de trabajo que han fingido lealtad para traicionarnos cuando les ha convenido; de «amigos» que han ido absorbiendo nuestra personalidad, energía y dinero a lo largo de muchos años, sin que supiéramos cómo lo han podido lograr y por qué hemos sido tan estúpidos; de maridos o parejas que nos han enamorado para luego descubrir que teníamos que ser muñecos de su capricho y de su trato abusivo... Son nues-

tros hermanos, que desde pequeños parece que nos envían, que seamos sus enemigos, que hacen cosas que se nos antojan incomprensibles. Roban nuestros ahorros, se aprovechan de nuestros amigos, nos calumnian para protegerse ante el castigo de nuestros padres... Son nuestros hijos, imposibles de gobernar en casa, pero con grandes dotes de actuación ante otras personas. Nuestros hijos, que sin saber por qué mienten sobre sus estudios, nos hacen mil promesas incumplidas y dan sablazos por doquier. Su crecimiento va parejo con nuestro estupor; un día nos enteramos, que los fines de semana participan en peleas de bandas, que se emborrachan hasta el coma; otro día conocemos que las calificaciones de los últimos meses han sido falsificadas....

Aún podríamos abrir una nueva categoría, una de «cinco estrellas», compuesta por aquellos políticos y hombres de estado que juraron servir a la patria y que luego nos arrojaron a nuestra cara nuestra propia estupidez y credulidad. Políticos asesinos, criminales de guerra, militares psicópatas... constituyen el mayor peligro por el poder que reúnen. Son responsables de asesinatos en masa, genocidios, años de miseria e incultura para su pueblo. Ahora se llaman Milosevic y Husein, antes Stalin, Goering o Bokassa...

Le invitamos, querido lector, a que compruebe por qué el psicópata supone una amenaza formidable para nosotros como individuos y para el modelo de sociedad que queremos legar a nuestros hijos.